

---

---

## LAS GANANCIAS DEL TIO PEDRO.

---

### I

Desde que Dios echaba su luz hasta que el sol se ocultaba, veíase al tío Pedro en su reducido cuartucho entregado al trabajo. Dale que dale con la azuela y la garlopa, sudaba la gota gorda; y si es cierto que esta diaria fatiga le producía cansancio, en cambio despertábale el apetito haciéndosele más sabrosos el pan, las patatas y otras sencillas menudencias que le servían de comida, y causábale sueño profundo y tranquilo.

El tío Pedro no tenía familia; era serio y algo gruñon cuando se le distraía de su trabajo; y quizá por esto los vecinos le veían con cierta zumba y le tachaban de avaro, diciendo que no necesitaba echar el alma en el trabajo, puesto que no tenía mujer que le derrochara ni hijos á quienes alimentar.

Los vecinos y vecinas, que en todo se entrometen y todo lo quieren escudriñar, solían decirle al pasar por delante de su puerta:

—¡Hola, tío Pedro! ¿cómo va esa salud?

—Bien—respondía el carpintero concisamente.

—¿Y qué tal de trabajo?

—Regular.

—Ya lo creo; y ha de ser más que regular, porque yo desde el alba estoy oyendo los hachazos que da usted á ese pobre madero.

—Así es.

—Y según el trabajo así han de ser los provechos. ¿Qué tal de ganancias?

—Bien.

—Pero, tío Pedro, usted lleva una vida de perros: no se divierte usted;..... ni un paseito por los toros ó el teatro; ni un refresquito en el café..... Se va usted á matar con esa vida!

—No.

—En fin, usted lo sabe.... Conque, adios, tío Pedro, y que siga usted engordando la hucha.

—Adios.

Y seguía imperturbable su constante tarea.

En efecto, el tío Pedro llevaba una vida sosegada y casi austera. No se le conocía amigo alguno, ni se aparecía por la taberna, ni tenía más días de huelga que los festivos, en que se solazaba con un paseito por el campo, ó con la lectura de una veintena de libros que cuidadosamente guardaba en un escaparate.

Parecía, sí, ser curioso en alto grado, porque cuando, ya al oscurecer, dejaba el trabajo é iba á dar una vuelta por el barrio, se le veía entrar en las vecinda-

des y atisbar el interior de las miserables casuchas de los pobres que por allí abundaban. Como esto lo hacia al disimulo y sin ofensa de nadie, no se le tenía á mal, y se consideraba como una de sus excentricidades.

Alguna vez le pareció á tal ó cual transeunte que el tío Pedro dejaba algo, al pasar, en la mano de un portador; pero este hecho no se podia asegurar, y mucho ménos teniendo el mencionado tío fama de avaro consumado.

Como los vecinos creían ver cierto misterio en la vida y costumbres del tío Pedro, porque aquella existencia monótona y sosegada, aquel retraimiento de amistades, y aquel perpetuo encierro en su vivienda tenían, á su juicio, algo de extraordinario, intentaron descubrir el enigma, que á su parecer consistía en que el carpintero acumulaba cuantiosos ahorros y no quería abandonarlos ni un momento, velándolos día y noche.

Este empeño de los vecinos no era de extrañar, porque ya se sabe que ciertas gentes—y más que *ciertas* pudiera yo decir *muchas*—descuidan sus intereses y su propia casa por inquirir vidas y costumbres ajenas.

Así es que no se pasaba día sin que, con pretexto de simpatía y de aprecio, el tío Pedro sufriera interrogatorios semejantes á este:

—Buenos días, tío Pedro.

—Buenos los tenga usted.

—¿Y cómo va de trabajo?

—Ya lo ve usted.

—Sí, ya lo veo, y me admira su resistencia: debe us-

ted tener nervios de acero, ó mucha necesidad para afanarse tanto.

—Quizá.

—¿Y cuanto tiempo hace que tiene usted esta vida de fatigas?

—Veinte años.

—¡Friolera! pues es fecha! Con esa laboriosidad, y esas costumbres tan arregladitas que usted observa, ya ha de tener un capitalito, ¿verdad?

—No.

—¡Ah!..... ya se ve; los gastos de la familia..... porque usted ha de tener una familia, ¿no es cierto?

—No.

—¡Vaya, vaya, tío Pedro! usted se hace el desentendido, y tiene otra cualidad, la reserva: bien hecho, porque ¡hay tanta gente que apenas sabe que uno tiene un real, procura por mil medios quitárselo.....

Y por este estilo seguía el imprudente interrogatorio, hasta que el inquiridor, desesperando sacar algo en claro, se despedía del tío Pedro.

Este, hostigado quizá por tanta pregunta, y pensando acaso, que al ser más explícito quedarían satisfechos los preguntones y le dejarían por fin en paz, cambió el género de sus respuestas.

Entonces la conversacion era por este estilo:

—Buenos dias, tío Pedro.

—Buenos los tenga usted.

—¿Y cómo van la salud y el trabajo?

—La salud está bien, y el trabajo no falta.

—Segun eso, ¿habrá muchas ganancias?

—Ne deja de haber algunas.

—Bien lo necesita usted, para tener, despues de tanto trabajo, una vejez descansada.

—Ojalá que así sea.

—Y usted naturalmente pensará poner su capitalito en algun giro, ó á rédito, porque por muy cuantioso que sea, ya sabe usted que pronto se va, si se sienta uno á comérselo.

—Sí; ya lo he colocado bien.

—¿Y dónde lo ha puesto usted? (porque ya sabe usted que hay que buscar la mayor seguridad); ¿en alguna casa de comercio, en algun Banco?.....

—Sí, en el Banco del cielo.

Sencilla ó irónica esta respuesta, al saberla los vecinos decian:

—El tío Pedro se está volviendo loco.

No por eso dejaron de mortificarle; ántes bien, para embromarle ó para divertirse con él, seguian diciéndole:

—Y ayer, ¿cuánto han sido las ganancias?

—Doscientos reales.

—Y hoy ¿cuanto será?

—Quinientos..... ochocientos..... mil reales—contestaba imperturbable.

—¿Y qué hace usted de esas ganancias, ó dónde las guarda?

—En el cielo—respondía muy serio.

Y como en su pobre habitacion no habia cie

ni cosa que se le pareciera, los vecinos concluían diciendo:

—Decididamente el tío Pedro se ha vuelto loco.

## II

El Conde de Aguasnieves era uno de los señores de más rumbo y de más alta alcurnia entre los de su clase; categoría que procuraba conservar con su pompa y su ostentación, cosa para él no muy difícil, puesto que contaba con las pingües rentas de extensas propiedades heredadas de sus abuelos. Con esto queda dicho que no necesitaba trabajar ni afanarse mucho para conservar su patrimonio, si no es buscando excelentes administradores que en vez de sisar el 50 á los productos, se contentaban sólo con el 10, por ser hombres de conciencia.

Así es que lujo, abundancia, ocio agradable, suntuosos trenes, espléndidos palacios, eran los propicios elementos en que se deslizaba la existencia del Conde, como el pez en las serenas aguas.

Fama tenía de generoso y caritativo, y esto, unido á otras dotes de carácter, lo hacían en alto grado apreciable y popular entre lo que se ha dado en llamar *las masas* para designar el conjunto de pobres, artesanos y miserables proletarios.

Más como entre otras propensiones de su carácter la principal de ellas era la ostentación, sus buenas obras no se efectuaban en reserva y entre la sombra, sino en

plena luz y con el mayor ruido posible; es decir, hablando en sentido parabólico, su mano izquierda sabía siempre lo que hacía su derecha.

En cada semana había un día señalado para socorrer á los pobres, los cuales, formados junto al palacio del Conde, y después de esperar un par de horitas bajo el rayo del sol ó recibiendo la escarcha del invierno, por mano de uno de los lacayos eran socorridos con un ochavo cada uno. Otros días de gran prodigalidad, que no eran muy frecuentes, además del ochavo recibían los pobres las sobras de la mesa del Conde; acción generosa y meritoria del magnate, puesto que ese día quitaba la ración á sus quince ó veinte lebreles, y había que hacer un gasto extraordinario para reponerla.

Si algún pobre proletario ó alguna viuda cargada de pequeños hijos ocurrían á la munificencia del Conde de Aguasnieves, era seguro que no salían de su palacio desconsolados. Bien es cierto que perdían horas y días enteros para poder hablarle, porque el señor Conde no recibía memoriales; y si al fin lo lograban, el filántropo, después de escuchar su petición cuando estaba rodeado de amigos ó de su alta servidumbre, les decía bondadosamente:

—Anda confiado; que no he podido escuchar la relación de tus penas sin conmovirme: anda, que pronto recibirás muestras de mi solicitud por tí.

En efecto, á las ocho ó diez horas, cuando el señor Conde no tenía ya de visita amigos á quienes cumpli-

mentar, enviaba á uno de sus lacayos con el socorro prometido.

Como la servidumbre de los ricos señores tiene en todas partes numerosos amigos, no andaba el lacayo veinte pasos sin que se encontrase con uno de ellos, y á cada nuevo encuentro se entablaba éste ó parecido diálogo:

—¡Perico amigo! cuánto gusto tengo de verte!

—Gracias. Yo tambien me alegro de encontrarte— respondia el nombrado Perico irguiéndose, contoneándose y procurando imitar los modales de su amo.

—¿Y qué es de esa tu buena vida?

—Vámosla pasando así..... así.....

—Por la librea que llevas, supongo que todavía estás al servicio del señor Conde de Aguasnieves; ¿no es así?

—Es cierto, aunque ya no debia yo estar en esa casa, porque el Duque de Panduro y el Marqués de Rioloso me han solicitado varias veces para que éntre en su servidumbre.

—¿Y como no lo has admitido?

—Porque el señor Conde no lo ha permitido; ¡como que le soy muy necesario! A ninguno como á mí conocen sus lebreles, y nadie sabe cuidarlos como yo los cuido; así es que, con tal que no me separe de su casa, me ha aumentado el sueldo.

—Pues hombre, me alegro mucho. Y ahora, ¿vas de paseo?

—No; voy á una comision de las muchas que me confia el señor Conde.

—¡Ah! ¿tambien eres su hombre de confianza?

—Qué quieres..... segun se porta uno..... Voy ahora á llevar un auxilio á cierta pobre viuda.....

—¿Conque tu amo sigue siendo tan caritativo?.....

—Como siempre. No puedes figurarte la multitud de pordioseros que le asedian á todas horas: ¡eso sí! ninguno queda desairado, porque á todos se extiende la munificencia del señor Conde. Ya lo ves..... casi diariamente tengo comisiones como la que voy á desempeñar.....

—¡Bien emplea tu señor su dinero!

—¡Ya lo creo!..... Te dejo porque voy de prisa. Adios.

—Adios; y no olvides á los amigos, por si acaso existe por ahí un empleito vacante.

—Pierde cuidado.

Despues de charlar con media docena de amigos y de echar, al paso, un traguito en la taberna, llegaba por fin Perico á su destino, y despues de elogiar largamente la bondad, la filantropía y la generosidad del Exmo. Sr. Conde de Aguasnieves, entregaba el socorro á la viuda.

No sabré decir á ustedes, porque no está averiguado, si el donativo llegaba íntegro, ó si algo ó mucho de él se habia quedado en la taberna; lo cierto es que la pobre viuda recibia tres ó cuatro reales. Bien poca cosa por cierto; pero en fin, era el óbolo respetable de la caridad.

Sucedia alguna vez que, por causa del mal tiempo,

los arrendatarios del conde tenían escasas cosechas, ó éstas se perdían del todo: entónces apelaban á la benevolencia del propietario para que les concediese una próroga del pago de sus anualidades. El señor Conde de Aguasnieves, siempre bondadoso y magnánimo, les concedía que, en vez de pagarle en un solo año, le pagasen en tres ó cuatro, y con la gracia especial de no cobrarles algun rédito.

La fama del filántropo se extendía más y más cada vez, y por esto el pueblo se volvía lenguas ensalzando sus virtudes y su generosidad.

—¡Qué caritativo es el señor Conde, y qué bien emplea sus riquezas!

—¡Qué bueno es para los pobres el señor Conde!

—¡Qué buen ejemplo da á los otros potentados el señor Conde!

—¡Qué generoso y qué magnánimo es el señor Conde de Aguasnieves!

Con frecuencia se sabía que en el barrio en que habitaba el tío Pero había una desgracia remediada, una necesidad socorrida, unos huérfanos amparados, unos hambrientos alimentados por oculta mano; y al momento los sabedores de estos beneficios exclamaban:

—¡Aquí se ve la mano caritativa del mejor de los filántropos y de los nobles!

—¡Esta es obra del generoso señor Conde de Aguasnieves!

Y el tío Pedro, al oír estos elogios, unía los suyos á los de la multitud, diciendo:

—¡Bien hace el señor Conde en prodigar beneficios, porque Dios da ciento por uno!

### III

Como todo tiene su término en esta vida, y como, por más que sea muy arreglada y metódica la existencia de un sér mortal, tiene éste que pagar el imprescindible tributo á la madre Naturaleza, llegó un día en que el tío Pedro pagó ese tributo, ó como decían vulgar y gráficamente sus vecinos, *cerró el ojo*.

Su muerte fué tranquila y apacible, como del que había vivido quieta y honradamente, y sin dolores ni convulsiones entró en el sueño eterno de la materia.

Como al tío Pedro no se le conocían familia ni parientes, y como en concepto de los vecinos del barrio, el muerto dejaba una hucha bien provista, acudieron en tropel, dizque para encargarse bondadosamente de los funerales, y como se dice en el moderno lenguaje social, tributar á aquel despojo los últimos honores.

Con tan buena y piadosa intencion, no dejaron rincón que no registrasen, ni baldosa que no removiesen, ni jergón que no desbaratasen, con el ahinco rabioso de encontrar el escondido tesoro. Pero sus esperanzas quedaron fallidas: seis ó siete reales en un cajón sin llave, un par de mudas de ropa, la herramienta del laborioso carpintero, y los contados libros que le servían de recreo, fué todo lo que de precioso encontraron.

Mal gesto pusieron los vecinos; y las alabanzas que ya brotaban de sus labios ensalzando la conducta y las bellísimas dotes del muerto, cesaron, para dar lugar á comentarios no muy caritativos.

—¡Buena la ha hecho el tío Pedro! Tanto afanarse, y tanto trabajar, para no dejar ni con qué enterrarlo!

—¿No decía yo bien? Tenía las ideas de todos los avaros.....

—Y su dinero no le ha servido ni á Dios ni al diablo.

—Sí, le servirá ahora al que ménos lo necesita, á algun vil usurero á quien lo haya dado á guardar con un tanto por ciento de rédito.

—O servirá para aumentar el capital de ese banco de que nos hablaba, y cuyo nombre disfrazaba, inspirado por su tacañería.

—¡Y ahora, capital y réditos, ojos que te vieron ir...!

—¡Buena nos la ha jugado el tío Pedro....! ¡Dejar á nuestras costillas los gastos de sus funerales!

—Yo en este negocio me lavo las manos.

—Y yo también.

—Lo mejor es avisar á la autoridad, para que ella tome esto á su cargo.

—Sí, á ella le toca, y no á nosotros que somos unos pobres.

Así se hizo.

Ni los ricos, ni mucho ménos los pobres, tienen derecho á ser sepultados en cualquiera parte de la madre tierra, sino que sus restos deben depositarse, y sólo por cierto tiempo, en un lugar señalado por la costum-

bre, ó por la ley, ó por el capricho de unos cuantos. Esto es muy bueno, y conveniente para la higiene y el órden; y es mucho mejor, porque así, alquilándose un sitio de reposo temporal, éste, como cualquier otro, es un ramo de rentas públicas, que son en provecho de la *comunidad*.

Esta loable costumbre tiene además otra ventaja: la de hacer resaltar la magnanimidad de las autoridades, porque éstas, en casos semejantes al del tío Pedro, usan de espléndida munificencia, dando gratis sepultura á los cadáveres de los reconocidamente insolventes. Esto, como se comprenderá, merece en todo tiempo los mayores elogios; porque ¿quién ha dicho que todo hijo de vecino sea dueño de los seis palmos de tierra que han de ocupar sus restos? ¿quién ha contado que no debe pagar por esos últimos servicios de sus semejantes? No señor; en toda administracion bien organizada, como lo era aquella del país y del tiempo en que existía el tío Pedro, todo ciudadano está obligado, no sólo á pagar sus contribuciones en vida, sino aun despues de muerto, como un homenaje que rinde la misma tumba á la rectitud y santidad de la ley. Y si quiere dormir en paz en su último asilo, es justo que siga pagando periódicamente, porque si no, la mano inexorable de la ley removerá y arrojará al basurero aquellos huesos rebeldes y tramposos que ya no quieren seguir dando producto á las rentas públicas. ¡Muy bien hecho!

Mas, como decía yo á ustedes, hay respecto de esto algunas excepciones en favor de los miserables: la pa-